

El nuevo imperialismo de Trump frente a China: dimensiones y vulnerabilidades

Carlos Eduardo Martins*

Consideramos que la coyuntura mundial contemporánea se caracteriza por el *caos sistémico* que se ha establecido a partir de la ruptura de la política exterior estadounidense con el imperialismo informal y la globalización neoliberal, desde la elección de Donald Trump en 2016. Esta ruptura tiene causas profundas y ya avanzaba molecularmente durante el mandato de Barack Obama, con el crecimiento de la economía política de las sanciones y su orientación hacia Rusia, buscando impedir el desarrollo geoeconómico de Eurasia, donde Moscú aporta territorio, ubicación y recursos estratégicos. A esto se suman las guerras híbridas que afectaron a Ucrania y América del Sur, en especial a Brasil, además del norte de África, impactando espacios vitales de la multipolaridad emergente, del poder embrionario de los BRICS y de su área de influencia. Sin embargo, fue Donald Trump quien desafió al neoliberalismo, pretendiendo subordinarlo a un capitalismo de Estado que sometiera el mercado mundial al poder estatal de los Estados Unidos, abriendo el espacio para el establecimiento de un imperio global y una nueva etapa del imperialismo, que llamamos imperialismo *tout-court* para designar el empleo abierto de la violencia estatal en el sistema-mundo que no alcanza producir un orden estable y profundiza los conflictos internacionales, generando situaciones disruptivas.

Trump reconoció el declive estadounidense y la necesidad de redefinir las prioridades estratégicas y los intereses vitales. Partiendo de la percepción de una relativa escasez de fuerza, descartó el universalismo liberal en favor del excepcionalismo estadounidense y sus intereses económicos y de ejercicio del poder. A diferencia de Obama, que pretendía liderar un orden multilateral capaz de incorporar a las potencias emergentes, Trump afirmó el retorno de la era de las rivalidades entre las

* Profesor asociado del IRID y miembro permanente del PEPI. Coordinador del LEHC/UFRJ, editor de Reorient e investigador del CLACSO. Una versión preliminar de este texto fue presentada en portugués en el *Jornal dos Economistas*, número 439, de CORECON-RJ.

grandes potencias. Declaró a China y Rusia potencias revisionistas que amenazarían el orden, la prosperidad, los intereses y los valores estadounidenses. Nombró a Pekín como el principal enemigo externo a contener y al liberalismo político y al socialismo como los mayores enemigos internos. Descartó los principales paradigmas de la política exterior estadounidense: el internacionalismo emergente en la posguerra fría y su pretensión de exportar regímenes políticos liberales y sustituir autocracias; y las políticas de hegemonía, iniciadas en la posguerra, que financiaron alianzas y políticas mediante asistencia militar y económica, principalmente en Europa y Asia Oriental. Paralizó la OMC, retiró a Washington del Acuerdo de París y de numerosas organizaciones internacionales, negó el calentamiento global, descartó las regulaciones medioambientales, rechazó los déficits comerciales, inició una ofensiva arancelaria contra China y un conjunto de sanciones y embargos extensivos a terceros países para aislarla y alejarla de la carrera por el dominio de la vanguardia del paradigma microelectrónico. Reivindicó el restablecimiento del poder industrial estadounidense, la repatriación de capitales y extendió la ofensiva arancelaria tanto a los países con superávit en relación con Estados Unidos como a aquellos cuyas directrices políticas y sociales afectaban a sus intereses.

Trump ha invertido la apuesta de Nixon y Kissinger de incluir a China en el orden internacional estadounidense para aislar a la URSS. Negocia las reivindicaciones territoriales de Putin en Ucrania para alejarlo de Xi Jinping y de la resistencia a las acciones de expansión del unilateralismo estadounidense. Debilita a la OTAN, amenaza a Europa, refuerza su balcanización, apoya a las fuerzas nacionalistas, alimenta las tensiones con Rusia para evitar el fortalecimiento de un poder regional y actuar como potencia estabilizadora, transformando la asistencia militar en exportación de armas y servicios de defensa y en explotación de recursos estratégicos. Trump se ha reapropiado de la Doctrina Monroe, originalmente destinada a condenar la reconquista colonial de los países americanos por la Santa Alianza, para utilizarla contra las decisiones soberanas de los países latinoamericanos y caribeños de elegir su política exterior y los Estados y formaciones sociales con los que cooperan en los planos económico, político, social y diplomático. Se trata, en realidad, de la reanudación de la Doctrina del Destino Manifiesto, extendiéndola a todo el hemisferio

occidental para expulsar la presencia china y rusa de la región y establecer protectorados y gobiernos títeres de los intereses estadounidenses, independientemente de su orientación política y sus valores, siempre que sean cooperativos por adhesión ideológica o por rendición a las amenazas de empleo del poder militar estadounidense.

El hemisferio occidental sustituye al Oriente Medio como espacio vital estadounidense, pero el proyecto de poder mundial de Trump no delimita zonas de influencia: consiste en construir un imperio global que impida el surgimiento de cualquier fuerza regional capaz de amenazar el poder estadounidense. Apoya el subimperialismo sionista para crear una alternativa a la Ruta de la Seda que una la India con el Mediterráneo europeo y respalda su injerencia más allá de los límites bíblicos del Gran Israel para alcanzar Irán. El objetivo es producir un cambio de régimen, controlar el estrecho de Ormuz con un gobierno proestadounidense y amenazar a China, poniendo en peligro su suministro energético. La incapacidad de Israel para cumplir esta misión ha llevado a una creciente implicación militar de Estados Unidos en Irán, con el bombardeo de su proyecto nuclear, el desplazamiento del portaaviones I sus alrededores, la amenaza de una nueva ofensiva y chantajes. Para ello, se reutiliza el argumento de la defensa de los derechos civiles y humanos, que vuelve a la escena de forma casuística, a pesar del ataque de Trump al internacionalismo liberal en general y de su respaldo a la violencia del ICE contra la población inmigrante y estadounidense.

Sin embargo, Trump acentúa las vulnerabilidades estructurales de Estados Unidos. Las amenazas y violaciones que lanza sobre las soberanías estatales en el mundo se suman al creciente parasitismo financiero y al declive tecnológico para impulsar una carrera global contra el dólar. En el siglo XXI, el oro ha multiplicado por más de 15 su precio en relación con el dólar y por 2,4 de enero de 2024 hasta el mismo mes de 2025. En 2000, el dólar representaba el 60 % de las reservas monetarias mundiales, un nivel muy similar al de 2016 (56 %), cuando Trump fue elegido presidente de la República por primera vez. Desde entonces, la participación del dólar se ha desplomado hasta el 43,8 % en 2025 y la del oro ha aumentado del 10,9 % al 24,2 %. Uno de los principales factores determinantes de este proceso es la compra del metal por parte de China: en 2008, sus reservas, que eran de 599

toneladas, pasaron a 1054 (2009), 1658 (2016), 1948 (2022) y 2030 toneladas en 2025.

Hay fuertes indicios de que nos encontramos ante una grave crisis financiera en Estados Unidos, que pondrá en tela de juicio el último pilar de su hegemonía: el protagonismo del dólar. Es posible que esta crisis se desarrolle a lo largo de la cuarta gran caída del índice Dow Jones en relación con el oro. La primera caída, del 90 %, se produjo entre 1929 y 1933, y la recuperación comenzó en 1941, lo que se tradujo en prosperidad hasta alcanzar su límite en 1967; la segunda caída, del 95 %, se produjo entre 1967 y 1979, con una recuperación a partir de 1981 que se prolongó hasta 2001; la tercera gran caída, del 85 %, se produjo entre 2001 y 2011, revirtiéndose entre 2013 y 2022, año en el que comienza la cuarta gran inflexión negativa, un proceso que ya ha hecho caer el marcador en un 50 %.

La capacidad del imperialismo estadounidense para hacer frente a esto es muy limitada. Desde 2008, Estados Unidos entró en una fase recesiva del ciclo de Kondratieff iniciado en 1994, lo que redujo el crecimiento anual del PIB per cápita entre 2008 y 2024 al 1,2 %, casi la mitad de la tasa registrada entre 1994 y 2007 (2 %). Si la enorme expansión del déficit público y la deuda pública fue crucial para elevar el coeficiente Dow Jones/oro, la tasa de beneficio, la rentabilidad de las inversiones y defender el dólar entre 2013 y 2022, estos instrumentos parecen ahora insuficientes para elevar el precio de los activos y secar la moneda: no solo por el tamaño de las existencias, sino principalmente por la dimensión de la presión del mercado mundial. Estados Unidos está perdiendo irreversiblemente la carrera tecnológica frente a China: fue superado en número total de patentes y en patentes per cápita en 2012 y 2018, respectivamente; representaron el 9,9 % del crecimiento del PIB mundial en 2025, frente al significativo 26,5 % de China; y vieron cómo la potencia asiática ampliaba su balanza comercial a 1,2 billones de dólares, frente a los 538 000 millones de dólares de 2024.

Sin el respaldo del dólar como moneda fuerte, el poder militar del imperialismo pierde gran parte de su capacidad de acción. Trump conoce los costes económicos, sociales y políticos de la guerra para Estados Unidos y quiere evitarlos: las intervenciones en Irak y Afganistán costaron 8 billones de dólares, la vida de 7000 soldados y 8000 contratistas, sin mencionar los 30 000 veteranos de guerra que se suicidaron. Su estrategia es sortearlos, construyendo un imperio coercitivo global basado en la extorsión y en

acciones de demostración capaces de promover el miedo y garantizar conquistas sin mayor resistencia. Sin embargo, esta estrategia se basa en gran medida en el engaño, tendrá problemas para sostenerse si se produce un conflicto prolongado y tiene consecuencias difíciles de controlar a medio plazo: acentúa la inseguridad mundial, deteriora el poder financiero de Estados Unidos, agrava el desgaste interno e internacional, acelera el caos sistémico y la organización de la resistencia mundial.

El asesinato de Ali Khamenei y sus asesores más cercanos muestra el enfoque radicalmente elitista que Trump quiere aplicar a las relaciones internacionales. Para él, los Estados están dirigidos por las élites y no por el pueblo y, si se las neutraliza mediante el exterminio, el secuestro o la amenaza, se cooptará al Estado y se lo someterá al *hegemón* en expansión. No quiere luchar contra ejércitos o pueblos, sino sembrar el terror entre los responsables de la toma de decisiones y ganar guerras con unas pocas decenas o cientos de muertos, con bajos costes financieros, políticos y militares. Es la nueva versión de la Blitzkrieg nazi: una guerra de asalto vinculada a una tecnología militar e informativa de alta precisión. Pero que haya funcionado en Venezuela no significa que vaya a funcionar en Irán, que cuenta con una estructura estatal de 47 años, sólidos aparatos militares y paramilitares, una amplia población chiíta repartida por Oriente Medio y una ideología política religiosa que valora el martirio.

El objetivo de Trump es controlar el estrecho de Ormuz provocando un cambio de régimen en Irán, crear una gran vulnerabilidad energética para China con repercusiones generales en su economía y debilitar a Rusia en el frente ucraniano con la sustracción o reorientación —hacia su adversario— de la exportación de tecnología militar persa. El propósito final de Trump es imponer un cambio de régimen en Rusia y China y garantizar un siglo XXI bajo el dominio de un imperio global estadounidense.

China, por su parte, prefiere la estrategia del ascenso pacífico. Seguirá tomando represalias económicas contra Estados Unidos acelerando la sustitución del dólar por el oro como moneda de reserva. El precio del oro se disparará, acelerando la crisis del dólar. Su apuesta es paralizar la maquinaria bélica de Estados Unidos con la crisis del patrón monetario, evitando un conflicto militar directo o indirecto, con la potencia norteamericana. Sin embargo, probablemente tendrá que recalibrar su

estrategia para aumentar su poder de disuasión, fortalecer su liderazgo y la densidad de sus alianzas internacionales.

El tiempo corre en contra de Estados Unidos, que, con la agenda neofascista de Trump, hace una apuesta política muy alta para superarlo y revertir las tendencias estructurales de la economía mundial.